

de un renacer que el hombre acuna en su ánimo, aun en las más desesperadas situaciones. Es posible que Sábato sonría ante esta ocurrencia; quizá no.

Una coincidencia similar a la que apuntamos antes se encuentra en *Sobre héroes y tumbas* con el crimen-suicidio de Fernando y Alejandra mediante el fuego, ya que la época que se menciona en la novela es aquella en que los peronistas incendiaban los templos y quemaban la bandera nacional en el Congreso. Pienso que en este terreno de lo inconsciente, es decir, de las manifestaciones que se apoderan del autor sin mediar premeditación alguna, muchos de los símbolos que aparecen en las novelas de Sábato se pueden explicar asociándolos con los contextos del país en su historia de los últimos cuarenta años.

Espero que a esta altura del trabajo ya haya quedado claro lo que denomino elementos o contextos literarios. En la cita que hicimos al comienzo del ensayo de Sábato *El escritor y sus fantasmas* aparecían explícitos cuando se menciona la parcial ficción en la novela y su testimonio de «la época, el gusto y la mentalidad de su tiempo». Son, como vemos, factores de la novela no creados por el autor, sino dados por las circunstancias (lo que circunda al autor) de la historia, la sociedad, las costumbres, las ideas y las creencias imperantes; en fin, todo aquello con lo que el narrador se encuentra en su vida mundana, y también los ingredientes psicológicos de su personalidad, que son también reales —no creados—, aunque el ámbito de los mismos constituya un trasmundo propio, el de sus obsesiones, que si bien conviven con la conducta consciente del autor, no pueden resolverse en las instancias lógicas, sino en las poéticas. Pero que también, insisto, forman parte de una realidad que se impone por sí misma, ajena a la creación, aunque integrada a ella ficticiamente en la novela.

En su libro *Poderío de la novela*, dice Eduardo Mallea algo que viene aquí muy al caso: «... hay el otro mundo de una novela, el mundo vivido desde afuera, el complejo e inmediato mundo fáctico, que en las grandes novelas es sólo el expediente que conduce al verdadero mundo del libro, el mundo interior. El mundo en que no cuenta procedimiento —relato o ensayo—, que surge de la sabiduría eminente e indirecta del novelista, cualquiera que sea su mundo verbal, con tal de que el efecto exista. Ese mundo de fuera es, sin embargo, importante: tanto que de su equilibrio depende en no poca medida que el otro mundo, el más central, enigmático y latente, conste». El *como si* esos mundos fueran una realidad envolvente de la trama en la cual el autor se *realiza* como personaje —o en sus per-

sonajes— es una de las técnicas de la narración de Sábato que lo distinguen magistralmente como novelista.

Y algo más antes de dejar este punto de los contextos, como para que el lector comprenda hasta dónde importan en la interpretación de las novelas de Sábato. Dice nuestro autor en *El escritor y sus fantasmas*: «No hay otra manera de alcanzar la eternidad que ahondando en el instante, ni otra forma de llegar a la universalidad que a través de la propia circunstancia: el hoy y aquí. La tarea del escritor sería la de entrever los valores eternos que están implicados en el drama social y político de su tiempo y lugar. Como dice Sartre: "lo que es absoluto, lo que mil años de historia no pueden destruir, es esta decisión irreemplazable, incomparable, que el hombre toma en este momento, a propósito de estas circunstancias".»

«Vivir es estar en el mundo, en un mundo determinado, en una condición histórica, en una circunstancia que no podemos eludir. Y que *no debemos eludir* si pretendemos hacer un arte verdadero. Pues, como Dostoievski afirmaba, no sólo el arte debe ser siempre fiel a la realidad, sino que no puede ser infiel a la realidad contemporánea: de otra suerte no sería arte verdadero, dice.»

«Y en cuanto a nosotros se refiere, no dudo que las únicas obras que pasarán a nuestra historia literaria son aquellas que fueron creadas con sangre, sufriendo el drama de su época y de sus contemporáneos, sus situaciones límites frente a la soledad y la muerte» (página 42). Pienso que lo apuntado es más que suficiente para nuestro propósito. Y ahora, en lo que sigue, vamos a enfrentarnos por fin con la clave más crucial de la novela: el personaje designado con la inicial R.

Retomemos la presentación de *Abaddón*, a la que hicimos referencia antes, cuando aparece el personaje R. en escena. Por la brevedad del espacio de que disponemos, vamos a reducir nuestro análisis a desentrañar esta clave del universo de Sábato, que es sin duda la más significativa y a la vez la más difícil.

R. es, como ya anunciamos, el inconsciente Sábato, y la conversación que citamos entonces continúa así: «Mi irritación aumentó por lo que estas palabras suponían de intromisión. Con gusto comenté:

—Pues yo, ya lo ves, no te recuerdo en absoluto.

Esbozó una sonrisa sarcástica.

—Eso no tiene importancia. Además, es lógico que hayas tratado de olvidarme.

—¡Tratado de olvidarte!

—...

—¿Y por qué habría de querer olvidarte?

—...

—Nunca me quisiste —acotó—. Más bien creo que siempre me detestaste. ¿Recordás lo del gorrión? Con precisión ahora la figura de la pesadilla aparecía ante mis ojos. (Recuerde el lector mi advertencia anterior.) ¿Cómo podría haber olvidado aquellos ojos, aquella frente, aquella mueca irónica?

—¿Gorrión? ¿De qué gorrión me estás hablando? —mentí.

—El experimento.

—¿Qué experimento?

—Ver cómo volaba sin ojos.

—La idea fue tuya —grité.

Varias personas se volvieron hacia nosotros.

—No te pongas tan excitado —me recriminó—. Sí, la idea fue mía, pero fuiste vos quien le sacó los ojos con la punta de una tijera.»

Sábato nos muestra a la conciencia como ejecutora de un impulso inconsciente, anterior a toda experiencia. Este encuentro con R., especialmente a través del recuerdo del gorrión al que le pincha los ojos, señala el hito en el cual se remonta a *El informe sobre ciegos*. El personaje R. no sólo es Rojas, su pueblo natal, donde transcurre su primera infancia y su niñez, época de siembra de sus neurosis y de sus futuras obsesiones, sino también y fundamentalmente su reencuentro con la realidad más profunda de su yo.

Ya había dicho en *El informe*: «No sé lo que pasará en los otros. Sólo puedo decir que en mí esa identidad de pronto se pierde y que esa transformación del yo pronto alcanza proporciones inmensas.» Y a continuación alude a la intromisión en su conciencia de los elementos inconscientes más remotos, hasta las zonas zoológicas de posibles reencarnaciones, concluyendo por considerar que su cuerpo perteneciera a otro hombre. «Después de esos períodos —dice más adelante— yo volvía a la vida normal con vagas reminiscencias de mi existencia anterior.»

A medida que avanza *El informe sobre ciegos*, su ahondamiento en el propio yo se acentúa más y más, hasta el punto —confiesa— que las pesadillas nocturnas comienzan a frecuentarlo también durante la vigilia. Y entonces reflexiona en un pasaje: «Ya en la pendiente de mi desesperación, fui más lejos e imaginé que tal vez mi suerte estaba decidida desde la aventura con el ciego de las balleinitas; y que durante más de tres años yo había creído estar siguiendo a los ciegos, cuando en realidad habían sido ellos los que me habían perseguido. Imaginé que la búsqueda que yo había llevado a término